

Luis Querbes (1793-1859)

Pequeña biografía

[Las citas en itálica son del P. Querbes]

Luis Querbes nació el 21 de agosto de 1793, en Lyon, parroquia de Saint Pierre, Su padre, Joseph, era originario de Aveyron; su madre Jeanne Brebant, de la Dombes. Eran sastres. Nació en el curso de la fase de efervescencia del asedio de Lyon. Fue bautizado ese mismo día en la iglesia de Saint Pierre, con los nombres de Jean, Louis, Joseph, Marie. Su única hermana, Josèphe-Magdelaine, nació en 1797.

La juventud

En 1805, entró Luis en la escuela clerical de la parroquia Saint-Nizier, que era entonces la parroquia de la familia. En 1807, con dos meses de intervalo, fue confirmado, y después tonsurado junto a otros tres alumnos de la escolanía. Por escrito, hizo voto perpetuo de castidad, sin duda en octubre de 1808.



Con sus tres compañeros, recibió una formación intelectual muy sólida, de Guy-Marie Deplace, un maestro con el que conservará siempre relación y que le enseñaría a hacer valer sus cualidades intelectuales, a manejar perfectamente el francés y el latín y de modo aceptable el italiano. En 1812, ya era bachiller. El mes de noviembre de este mismo año, entró en el seminario Saint-Irenée.

A los tres años de seminarista, muy joven para recibir el diaconado, vuelve a la escuela colegial de Saint-Nizier como profesor. Al igual que otros seminaristas o sacerdotes de la diócesis, trató de ingresar en la Compañía de Jesús reconstituida pero el consejo episcopal le negó la autorización. Fue ordenado de diácono el 21 de julio de 1816, y de sacerdote el 17 de diciembre del mismo año, por Monseñor Dubourg, obispo de Nueva Orleáns.

En contra de la costumbre de la época, pero a petición de M. Besson, párroco de Saint-Nizier, el sacerdote Querbes fue nombrado 4º coadjutor en su parroquia de origen, y como responsable de la escuela clerical. Se encontraba en una parroquia privilegiada, dirigida por un sacerdote de fuerte personalidad, con sacerdotes testigos de la fe (Linsolas, Marduel

Huet), con cofradías activas, obras numerosas, con un culto celebrado con esplendor gracias a la escolanía de varias decenas de niños. La parroquia era un islote ultramontano: Deplace y Besson preparaban la edición de *Du Pape*, de Joseph de Maistre.

El señor Querbes era muy activo y predicaba con frecuencia (se han conservado sermones suyos). El consejo episcopal le propuso también encargarse de la dirección de una sociedad de misioneros diocesanos en proceso de formación en la diócesis de Tours. Prefirió quedarse en la de Lyon. Los que se trasladaron a Tours fueron sus amigos Donnet y Dufêtre. El primero sería cardenal arzobispo de Bordeaux; el segundo, obispo de Nevers.

Párroco de Vourles



El 25 de octubre de 1822, el sacerdote Querbes fue destinado a la aneja de Vourles, pueblo de 800 almas, con malas secuelas de la Revolución, donde todo estaba por hacer. Eso permitió que se manifestase, el celo activo del sacerdote.

Desde el inicio, organizó el catecismo para los niños, *desde Todos los santos hasta Pascua*, escribe, *todos los días a las 11. Durante el resto del año, todos los domingos después de Vísperas, Siempre en la iglesia*. Se impartían conferencias a los adultos durante la Cuaresma. Se crearon dos cofradías, la del Santísimo Sacramento para los hombres y la del Rosario para las mujeres.

Con la ayuda de la municipalidad, se construyó una nueva iglesia. Para embellecer las ceremonias y favorecer la participación de los fieles, el párroco rebuscó cánticos, los corrigió en caso necesario e hizo imprimir un libro que, hasta 1861, conocería 15 ediciones y reimpressiones. Un manual de canciones con sus notas en canto llano, fue publicado y tres veces reeditado. Para el uso de la parroquia, el párroco dejó en forma de manuscrito un *Librito de canto para los niños cantores de la parroquia de Vourles*.

En 1823, el señor Querbes logró que las hermanas de Saint-Charles abriesen una escuela para niñas. Fue la primera del arciprestazgo. Para los niños, solicitó un hermano Marista y sufrió una negativa, ya que la parroquia no podía pagar el compromiso de 2 ó 3 religiosos. Su primer biógrafo escribe: “Se lamentaba por el vacío que existía en la instrucción, por las comunidades de enseñanza. Veía con dolor las parroquias rurales

privadas de maestros religiosos, y entregadas a maestros mercenarios que, en su mayoría, en vez de ser auxiliares de los párrocos eran sus más peligrosos oponentes”.

En 1822, Pierre Magaud, de la diócesis de Belley, sobrino del alcalde de Vourles, dejó en condiciones poco normales el instituto de los Hermanos de las Escuelas cristianas al que pertenecía: quería ser sacerdote y abandonó sin autorización de sus superiores. Se refugió en Vourles donde el párroco redactó en su favor una petición de dispensa de los votos. Como el obispo de Belley, puesto al corriente de las circunstancias de la salida del instituto, rechazó en el primer momento admitir a Magaud en el seminario (lo admitiría más tarde), el párroco de Vourles acogió en su casa al antiguo religioso, le dio ocupación, de modo que abrió la escuela para niños, y lo formó dándole cursos de latín, de letras y de pedagogía. Hizo de él, escribiría, *su cantor, sacristán, catequista, comensal y compañero*.

El proyecto de fundación

El vecino párroco de Brignais tenía también un joven maestro en proceso de formación. Pidió a su amigo Querbes que le recibiese con Magaud para que se aprovechara también de la misma formación. El párroco de Vourles se hacía consciente de una necesidad: *Me sorprendía pensando en lo ventajoso que sería facilitar a mis hermanos, maestros y compañeros como el que por suerte, yo tenía entonces*. La idea de hacer algo en el terreno de la formación de maestros cristianos había nacido: *Fue hacia el final de 1826*, escribe el párroco Querbes en 1829, *cuando el fundador de los Clérigos de San Viator concibió el primer proyecto de esta sociedad*.



El proyecto maduraría durante más de dos años, alterado por dos proposiciones que le hizo el consejo episcopal: encargarse de la dirección del pequeño seminario de Saint-Jodard o bien secundar al sacerdote Vincent Coindre fundador de los hermanos del Sagrado Corazón. Pero el señor Querbes los rehusó y se mantuvo en una idea que manifestó a Monseñor de Pins, *le ocupa totalmente, le persigue incluso en el altar; una idea que ha meditado ante Dios desde hacía varios años*.

Poco a poco el proyecto fue madurando: se trataba de crear un seminario de maestros de escuela parroquial, pero maestros que serían más que simples profesores: *Se propone crear una verdadera escuela normal, que sea para biógrafo* escribe: “Se lamentaba por el vacío que existía en la instrucción, por las comunidades de enseñanza. Veía con dolor las parroquias rurales privadas de maestros religiosos, y entregadas a maestros mercenarios que,

en su mayoría, en vez de ser auxiliares de los párrocos eran sus más peligrosos oponentes”.

En 1822, Pierre Magaud, de la diócesis de Belley, sobrino del alcalde de Vourles, dejó en condiciones poco normales el instituto de los Hermanos de las Escuelas cristianas al que pertenecía: quería ser sacerdote y abandonó sin autorización de sus superiores. Se refugió en Vourles donde el párroco redactó en su favor una petición de dispensa de los votos. Como el obispo de Belley, puesto al corriente de las circunstancias de la salida del instituto, rechazó en el primer momento admitir a Magaud en el seminario (lo admitiría más tarde), el párroco de Vourles acogió en su casa al antiguo religioso, le dio ocupación, de modo que abrió la escuela para niños, y lo formó dándole cursos de latín, de letras y de pedagogía. Hizo de él, escribiría, *su cantor, sacristán, catequista, comensal y compañero*.

El proyecto de fundación

El vecino párroco de Brignais tenía también un joven maestro en proceso de formación. Pidió a su amigo Querbes que le recibiese con Magaud para que se aprovechara también de la misma formación. El párroco de Vourles se hacía consciente de una necesidad: *Me sorprendía pensando en lo ventajoso que sería facilitar a mis hermanos, maestros y compañeros como el que por suerte, yo tenía entonces*. La idea de hacer algo en el terreno de la formación de maestros cristianos había nacido: *Fue hacia el final de 1826*, escribe el párroco Querbes en 1829, *cuando el fundador de los Clérigos de San Viator concibió el primer proyecto de esta sociedad*.



El proyecto maduraría durante más de dos años, alterado por dos proposiciones que le hizo el consejo episcopal: encargarse de la dirección del pequeño seminario de Saint-Jodard o bien secundar al sacerdote Vincent Coindre fundador de los hermanos del Sagrado Corazón. Pero el señor Querbes los rehusó y se mantuvo en una idea que manifestó a Monseñor de Pins, *le ocupa totalmente, le persigue incluso en el altar; una idea que ha meditado ante Dios desde hacía varios años*.

Poco a poco el proyecto fue madurando: se trataba de crear un seminario de maestros de escuela parroquial, pero maestros que serían más que simples profesores: *Se propone crear una verdadera escuela normal, que sea para la diócesis un semillero de las escuelas parroquiales y piadosas y cuyos alumnos puedan ser en nuestras parroquias de aldea, los acólitos y los sacristanes de los párrocos, siempre a su disposición, como también a la*

del Ordinario, permaneciendo célibes, o bien comprometiéndose después en el matrimonio (...).



No sólo se trataba de formar maestros (en ese aspecto, todo estaba por hacer), sino de aprovechar el desarrollo de las escuelas primarias para hacer del maestro un agente de pastoral, en las parroquias escasas de medios, impartir la catequesis con competencia, cantar en la iglesia, secundar al párroco muy a menudo solo y aislado.

Para designar esta persona polivalente, el señor Querbes utiliza una expresión de la época, *clérigo laico*, y en especial otra que él inventa, *clérigo-parroquial*, o simplemente *catequista*. El proyecto se inserta en el movimiento de recristianización y se pretende diocesano. El sacerdote se niega sin embargo a querer fundar una congregación religiosa.

El proyecto se refiere a maestros ya en ejercicio o bien a personas que desean formar parte de la profesión, sean hombres célibes o casados. Los primeros borradores de estatutos prevén por otra parte compromisos más exigentes para los que sigan célibes: vivir según el modelo devoto de piadosas asociaciones. El párroco de Vourles elabora un oficio que los clérigos parroquiales celebrarán cada día, y que consta de tres lecturas: la Biblia, el Catecismo del concilio de Trento y la Imitación de Cristo. Pienso incluso que, ya que los catequistas sirven al altar, algunos podrían ser tonsurados según una decisión del concilio de Trento (sesión 23, capítulo 17), que no había sido aún puesta en práctica.

Cuanto al santo protector y modelo que dio a los catequistas, el señor Querbes escarbó en el santoral de la diócesis. Viator fue, en el siglo IV un lector de la Iglesia de Lyon durante el episcopado de san Justo. Cuando este se retiró a un monasterio en Egipto, en el desierto de Scete, Viator le siguió y fue para su obispo un buen compañero y ayudante, es decir un buen servidor.

La aprobación civil y la reacción de Monseñor de Pins

En enero de 1829, con el acuerdo del consejo episcopal, en particular de M. Simon Cattet, vicario general, el párroco redactó estatutos de la futura asociación caritativa para someterlos a la aprobación del gobierno.

Manifestaba que el tipo de escuela normal que deseaba crear requería fondos que podría obtener sólo una asociación reconocida. La autorización civil era por tanto previa a toda otra decisión.

Contra toda esperanza y con un gobierno (Martignac) poco favorable a este tipo de obras, el proyecto fue aprobado el 8 de agosto de 1829. El párroco de Vourles, que estaba en París y que había negociado con el ministro de Instrucción pública, se beneficiaría sin duda de apoyos que apenas han dejado huellas, pero que explican esta celeridad: la Congregación, diputados legitimistas, sacerdotes influyentes en los ministerios, etc.

Pero este éxito ocasionó una serie de dificultades con el administrador apostólico, Monseñor de Pins que al parecer, no había sido puesto totalmente al corriente por M. Cattet. Rechazó que la asociación caritativa de San Viator recibiese el menor intento de aplicación. No consentía que el sacerdote Querbes hubiese aceptado tratar con un gobierno que él combatía, y que las escuelas de San Viator se sometiesen a los reglamentos universitarios. Para Monseñor de Pins, como para no pocos miembros del clero, todo control universitario era intrínsecamente malo ya que iba en contra de una de las prerrogativas que los obispos reclamaban: recuperar el control de la enseñanza que la Revolución les había usurpado. Aceptar este control era aceptar el nuevo estado de cosas, es decir un cierto espíritu liberal.

Durante dos años, el administrador apostólico se opuso a la creación de la asociación y no lo consintió hasta el 3 de noviembre de 1831, a condición sin embargo, de que los estatutos le fuesen sometidos para su aprobación.

Los primeros años de la asociación de San Viator

Tras una serie de redacciones sucesivas, corregidas y refrendadas por el consejo episcopal, alteraciones de redacción concretaron la asociación en un grupo de hombres que si bien célibes, se comprometían a *practicar en toda su extensión los consejos evangélicos de castidad y de obediencia y a formarse en el espíritu de la pobreza cristiana*. Una evolución importante se presentó en el mes de agosto de 1833, cuando el consejo proyectó fusionar la sociedad de los catequistas, aprobada desde el punto de vista civil pero cuyo proyecto diocesano se presentaba confuso, a los Hermanitos de María, que no conseguían hacerse aprobar por el gobierno pero que lo estaban canónicamente. El proyecto de fusión no gustó a los dos fundadores. El señor Querbes que hubiera sido el superior del conjunto, preparó sin embargo un proyecto de estatutos que tenía en cuenta las dos clases, la de los hermanos y la de los catequistas.



La fusión no se llevó a cabo, pero las disposiciones estatutarias referentes a los religiosos no se borraron en los estatutos de los catequistas y el 11 de diciembre de 1833, Monseñor de Pins aprobó el texto definitivo que les regiría y cuyo artículo 7 decía: *La sociedad de los catequistas por ser a la vez una piadosa asociación y un congregación religiosa, sus miembros se dividen en dos clases que difieren una de otra por la extensión de sus compromisos y por la naturaleza de sus prerrogativas. La primera se llama de hermanos; la segunda de cofrades.*

El párroco de Vourles se convierte en superior de una congregación religiosa de derecho diocesano y en director de una piadosa cofradía.

Pero lo que estaba claro en el papel lo estaba mucho menos en la práctica. Para el consejo episcopal, los catequistas deberían ser sobre todo religiosos, mientras que para el sacerdote Querbes, serían principalmente laicos. Como algunos de estos laicos que empezaban a ingresar no manifiestan una conducta ejemplar, el consejo, partiendo de un dato menor (el hábito) amenazó con intervenir más de cerca en la sociedad. El sacerdote expresó la obediencia de todos: *Os aseguro por adelantado nuestra obediencia en nombre de la sociedad. Tenemos tres casas y treinta mil francos de deudas. Nuestras adquisiciones no se han hecho más que impulsados por algunos de los miembros del Consejo de Monseñor. Puedo responder de la abnegación de gran número de clérigos. Monseñor puede echarnos por tierra de un plumazo. Nos levantaremos con un havresac a la espalda e iremos, guiados por la Providencia, en busca de nuevas experiencias.*

A pesar de estas manifestaciones, el párroco no flaqueó en su preocupación por preservar el porvenir de lo que había sido el proyecto inicial de la asociación: *Entre las manifestaciones críticas lanzadas contra esta Sociedad naciente, la que más resaltaba estaba en relación con la sotana, hábito adoptado por los clérigos de San Viator admitidos definitivamente en la Sociedad. El consejo del Arzobispado invitó en consecuencia al Director de la Sociedad a que adoptase otro hábito. La orden venía de M. Cattet. A partir de ese momento el fundador de los clérigos de S. Viator tomó la decisión de pedir a la S. Sede Apostólica la aprobación de los estatutos a fin de ponerlos al abrigo de cualquier cambio.*

La aprobación pontificia

En enero y febrero de 1838, cuando solamente tenía bajo su dirección a poco más de 20 miembros, el señor Querbes, preparó el recurso a Roma. De ese modo, quería asegurar la continuidad de la sociedad, mantener su unidad en previsión de posible expansión, hacer aprobar la rama laica y obtener una aprobación definitiva de los estatutos y no un simple decreto de elogio. Solamente el tercer objetivo, el referido a los catequistas laicos, quedaría sin aprobar.

En mayo de 1838, partió para Roma con dos versiones de los estatutos: una, revisada por Monseñor de Pins, reglaba la vida de una congregación religiosa; la otra, contenía además, un capítulo sobre los *catequistas seculares*, es decir, la rama formada por la piadosa cofradía de laicos. Partió con una carta de recomendación del administrador, las recomendaciones de Pauline Jaricot, del superior provincial de los Jesuitas y del presidente del influyente consejo central de la Propagación de la Fe. En Roma recibió el apoyo del P. Roothan, general de los Jesuitas, y de sus adjuntos, los PP. Rozaven y Villefort.



La estancia fue ocasión para revisar, una vez más, el texto de los estatutos, de concretar ciertos puntos, de redactar útiles comentarios, de ser recibido en dos ocasiones por Gregorio XVI, y de reforzar en el párroco de Vourles la fibra romana, aunque era ya muy sólida.

De hecho, el texto visado por Monseñor de Pins, fue el trabajado, a pesar de los deseos del sacerdote ir más lejos: *Los asociados célibes forman la sociedad regular (religiosos); son sus Estatutos los sometidos a la aprobación de la S. Sede Apostólica. La otra clase de Cofrades seculares y piadosos Catequistas que podrían estar casados no existe aún. Pero habiendo reconocido la autoridad civil el derecho a dirigirlos, ¡qué bien estaría aprovecharlo!*

Después de 5 meses de estancia en Roma, y a pesar de las prórrogas que le resultaron largas al sacerdote y que en realidad fueron muy cortas, dada la importancia del asunto, la Congregación de los Obispos y Regulares aprobó, el 21 de septiembre de 1838, la asociación de San Viator, como una congregación religiosa de derecho pontificio. Con ocasión de la audiencia de despedida, el que se había convertido en superior general, pronunció, ante Gregorio XVI, sus votos perpetuos de pobreza y obediencia religiosos.

El señor superior

A partir de ese momento, la historia personal del P. Querbes se confunde, en buena parte, con la de la congregación, sus problemas de crecimiento y de estructura, sus fracasos pero también sus éxitos. Se trata de veinte años de intenso trabajo, de preocupaciones constantes que le vienen de horizontes muy diversos, pero también sin embargo de satisfacciones merecidas.



Al mismo tiempo que superior, Luis Querbes sigue siendo párroco de Vourles y su función no es honorífica, aún cuando sea ayudado por un coadjutor. Sigue siendo el pastor de su parroquia, toma parte en las conferencias eclesíásticas, en las que es un conferenciante buscado, predica en su parroquia y en otras como predicador invitado. Su don de gentes era conocido y al tener una larga costumbre entre las familias de Vourles, era muy solicitado para intervenciones de todo tipo.

La gestión de la joven congregación le ocasionó muchas preocupaciones. EL noviciado regular, abierto en 1839, con el H° Liauthaud como maestro de novicios y el apoyo de los Jesuitas de Lyon, recibió numerosos candidatos. La congregación vivía principalmente de donativos conseguidos en un despacho de laicos lioneses, pero la inundación que arrasó la ciudad y la región en noviembre de 1840 desvió las limosnas hacia las víctimas del desastre y privó a la congregación de recursos. Se tuvo que interrumpir el noviciado durante casi un año.

Una segunda desilusión le llegó de la diócesis de Nevers, en la que se había implantado una casa de formación, y aceptado varios establecimientos. Se esperaba un desarrollo pero las profesiones no eran sólidas, las escuelas, apenas apoyadas por el clero y el desarrollo pretendido no llegó.



Pocos días después del comienzo del noviciado, dos americanos llegaron a Vourles, enviados por Monseñor Rosati, obispo de Saint-Louis, para formarse en la vida religiosa y volver después a los Estados Unidos.

El obispo los destinaba a los Hermanos Maristas pero el señor Cholleton, vicario general, los había dirigido hacia los Clérigos de San Viator.

El P. Querbes se encontró con una fundación imprevista y que llegaba demasiado pronto. Pero la aceptó. No resultó exitosa: las divisiones entre los religiosos, el fallecimiento de Monseñor Rosati y la incapacidad de su sucesor para encontrar un lugar para los religiosos, arrastraron fácilmente la fundación al fracaso.

Una de las principales dificultades surgió en 1843-1844 con los ministros Villemain y Salvandy, que amenazaban con suprimir todas las escuelas dirigidas por los religiosos de San Viator fuera de la academia de Lyon. Se habían abierto de modo irregular, escuelas en departamentos para los que la asociación no había sido autorizada. Con muchas reticencias, el ministro consintió suspender la decisión a condición de que no hubiese más aperturas irregulares.

Ante el riesgo de encontrarse con religiosos sin trabajo, el P. Querbes aceptó en 1844, la proposición de Monseñor Borghi, obispo de Agra, de enviar religiosos a la India para dirigir un internado para los hijos de los colonos y un orfanato para los indios. La fundación aceptada precipitadamente, mal preparada, dirigida por personas poco competentes, resultó un cruel fracaso.

La historia de la joven congregación no se resume felizmente en fracasos. En 1844, la afiliación de la pequeña congregación de los Hermanos de Saint-Odilon, de Saint-Flour, abrió el Cantal a la de San Viator y le proporcionó religiosos valiosos y un desarrollo lento pero seguro en el Macizo Central. En 1847, tres religiosos partieron hacia Canadá, y muy pronto, la rama canadiense se desarrolló gracias al apoyo de Monseñor Bourget, obispo de Montreal. En 1851, favorecida por una interpretación a su favor de un artículo de la ley Falloux, la congregación fue autorizada para toda Francia. En 1854, una segunda afiliación, la de los Hermanos de Saint-Jean le abrió ampliamente la diócesis de Rodez.

La táctica con la que Luis Querbes dirigió la congregación desconcierta a veces al observador: correspondencia mantenida de modo muy irregular, consejo raramente reunido, dificultades con sus cooperadores, el H^o Liauthaud y el P. Faure, demoras muy largas dedicadas a redactar el comentario de los estatutos reclamado por los religiosos, etc. Por cierto, era un superior muy ocupado: la parroquia, las visitas a las comunidades desde la Saône -et-Loire hasta el Midi, la redacción de varias obras necesitaban su tiempo, tiempo por otra parte, mermado por períodos de enfermedad. En todo caso parece sin embargo que llevó su función de superior con más dificultad que la de fundador. Al fundar una asociación cuyo superior estatutario era el párroco de Vourles, el P. Querbes no había previsto ser

superior perpetuo. Sólo lentamente asimiló su función de superior general de una congregación religiosa.

En 1833, una primera manifestación de diabetes detuvo al P. Querbes durante algún tiempo. Siguieron otras hasta la más grave, la última, que le obligó a guardar cama varios meses, y tras una corta mejoría, le llegó la muerte el 1 de septiembre de 1859. La congregación contaba entonces con 250 religiosos distribuidos en 4 “obediencias” (Vourles, Saint-Four, Canadá, Rodez).

La espiritualidad

Luis Querbes no escribió tratados de espiritualidad. Como se dirigía a laicos, y posteriormente a laicos convertidos en religiosos, y como primero era párroco en una parroquia, prefería la vida espiritual que proviene del bautismo, la de todo cristiano, la de las “virtudes ordinarias”, como escribe al P. Faure: *Empecemos por fundar sobre las virtudes que yo veo como ordinarias (...) el edificio de nuestra salvación y de nuestra perfección y el resto ya se nos dará.*

Las virtudes que incluye en esta lista, no tienen nada de secundario: *la fe, el celo* [la caridad], *la humildad, la pureza, el amor al trabajo, al retiro y al silencio.* Para los que han hecho profesión, son también la obediencia, la castidad y el espíritu de pobreza.



Las meditaciones

Tres innovaciones importantes sin embargo para los catequistas:

1. Luis Querbes inventa un oficio que les es propio y cuando aún no existe ningún catequista; un oficio que cuadra bien con su primera función. ¿Tendrán que ser portadores de la Palabra? *Leerán la Biblia todos los días, mañana y tarde.* ¿Deberán transmitir la doctrina? La meditarán mañana y tarde a través del Catecismo del Concilio de Trento. ¿Serán mensajeros de Jesucristo? Leerán a pequeñas dosis diarias la Imitación de Cristo. Se trata de la *Leyenda* (leyenda=lo que se ha de leer). Mientras en el siglo XIX destacan fácilmente diversas devociones, el P. Querbes prefiere lo seguro.

La Biblia sería leída en su totalidad: el Nuevo Testamento todos los años, el Antiguo a lo largo de dos años. No será cuestión la elección de textos: se leerán todos los libros. Uno se puede preguntar de qué utilidad resultaría

leer ciertos libros del A. T. Pero el hecho está ahí y es innovador en una época en que la Biblia no se presentaba a todo el mundo. Se puede preguntar sobre todo si los catequistas tenían suficiente preparación para conseguir provecho de esta lectura.

2. El lugar de la Eucaristía. Pone ante todo la devoción al Smo. Sacramento como medio de encontrarse con Cristo.

- Recomienda lo que aún no se había hecho, la costumbre de promover la “comunión frecuente”, expresión que sería consagrada al comienzo del siglo XX por Pío X. En el *Directorio* (1830), aconseja al catequista que se haga digno de comulgar al menos cada ocho días, según la decisión del confesor (nº 46).

- Recomienda frecuentes visitas al Smo. Sacramento, la visita diaria de un cuarto de hora y también pequeñas visitas en diversos momentos de la jornada.

- Detalla con mucha precisión la actitud que se ha de adoptar en la iglesia y cuando se tiene el cargo de sacristán. Critica la *sacrílega familiaridad con las cosas santas*.

- Según el comentario de los estatutos, todos los catequistas están al servicio de los altares y todos deberían poder cantar en el oficio.

3. El sentimiento de pertenencia a la Iglesia. El proyecto de San Viator es eclesial. A pesar de las contrariedades del P. Querbes por parte de la autoridad episcopal, siempre se atuvo a la decisión final. Además es un ultramontano, favorable a la infalibilidad pontificia y pone sobre aviso a los catequistas contra toda relajación de sus vínculos con la Iglesia y el Papa.

La divisa *Adorado y amado sea Jesús*, y que al parecer le era propia, sintetiza perfectamente su espiritualidad: la contemplación y la acción cercana al prójimo o, tal como lo concretó Pierre Laur: “Querbes, un hombre de adoración; Querbes, un hombre de amor activo”. Es exactamente lo que él esperaba de sus catequistas, de los cristianos que han de vivir plenamente su bautismo.



“Esta divisa lapidaria que bien parece fue creada por el fundador, aparece como la expresión de una maduración y unificación de su experiencia espiritual. Entrando en el movimiento cristológico de su tiempo, el P. Querbes centra su vida y define la misión que quiere dar a sus catequistas: adoración y acción, oración y misión, liturgia y catequesis. La invitación al *celo* es el resultado del sentimiento de la presencia de Dios. Y nos encontramos con la tradición bíblica más pura: “*Adorarás al Señor tu Dios y a él solo servirás*” (Mt 4, 10).

“Desde 1830, encontramos en sus escritos esta expresión. Eso nos indica que la relación adoración y amor se hizo muy pronto en él y acompañó al nacimiento de la sociedad. Esta orientación cristológica, poco a poco daría lugar a la insistencia con enfoque misionero del *Dejad que los niños vengan a mí*. La contemplación va por delante de la acción. El P. Querbes vivió para que Jesús fuese adorado y amado.

“La contemplación se realiza en el encuentro con Dios en los pequeños y en los pobres, en la realidad de los acontecimientos. Se profundiza con la escucha de la Palabra de Dios. Todo va anclado en la fe. Todo es madurado por el amor que nos lleva al servicio de Dios y de los hermanos en la misión del catequista” (Pierre Laur).

Autor: Robert Bonnafous – csv.
Traductor: Fermín Ochoa – csv.